

Bracamonte y Sosa, Pedro de, *La memoria enclaustrada. Historia indígena de Yucatán, 1750-1915*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, Instituto Nacional Indigenista, 1994, 253 p., ilustraciones, mapas y apéndice documental. [Colección “Historia de los pueblos indígenas de México”]

Entre los “muchos Méxicos” que se contraponen diariamente en nuestro país, el México indígena reclama un lugar desde hace mucho tiempo. Una forma de resolver esta cuenta pendiente tiene que ver con la difusión de ideas que destierren los prejuicios comunes y vayan formando una conciencia social solidaria con los pueblos indios. Esta es la intención de la colección “Historia de los pueblos indígenas de México” de la cual forma parte el libro que ahora nos ocupa.

Teresa Rojas Rabiela y Humberto Ruz coordinan esta colección, y, como lo manifiestan en la presentación de la obra, con ella se proponen divulgar un conocimiento veraz de la identidad indígena, presentando balances objetivos que consideren por separado cada pueblo y región, puesto que “no existe ‘lo indio’ como categoría que cancele especificidades”. Por lo tanto el propósito ha sido encargar a los especialistas obras de síntesis que alienten la revisión crítica y, al mismo tiempo, provoquen el interés del lector mexicano.

Acercar al ciudadano común a la lectura nunca ha sido tarea fácil y por ello se observa de inmediato la gran preocupación por presentar una bella edición. Siguiendo la conseja popular que dice “de la vista nace el amor”, los editores buscaron un formato atractivo y cuidaron los detalles de composición y encuadernación, sin olvidar fotografías e ilustraciones en color.

Por otra parte, la belleza de la edición esta bien acompañada de una excelente selección de documentos que complementan las ideas del texto principal dejando al lector la oportunidad de formar su propia opinión a través de cartas, memoriales, leyes y decretos. La importancia de este apéndice documental se desprende también de su extensión; abarca la tercera parte de la obra y gracias a ello se dispone de documentos representativos para cada tema.

Una vez tratados los aspectos de forma, que considerando los objetivos generales de la colección son muy importantes, pasaremos a los aspectos de fondo. El texto que presenta Pedro Bracamonte se propone relatar la historia de los mayas de la península de Yucatán, entre los años 1750 y 1915. De inmediato se aprecian las dificultades de tratar un periodo temporal extenso en una zona geográfica y cultural que, si bien ha generado un gran interés por su periodo prehispánico, no ha recibido una atención comparable para la etapa colonial y el siglo XIX.

Con todo, el intento es bueno y fue llevado a cabo con entusiasmo, aunque aparecen algunos temas que no son tratados con suficiente profundidad y, en ocasiones, la sucesión cronológica de los acontecimientos no es muy clara. Desde el primer momento se echa de menos una descripción cuidadosa de las diferencias geográficas, étnico-lingüísticas y culturales de esta amplia región. En el mismo sentido llama la atención que el autor descuide casi por completo lo ocurrido en la región campechana para concentrarse solamente en los actuales estados de Yucatán y Quintana Roo.

El eje central de la obra descansa en la llamada “guerra de castas”, la gran rebelión de los pueblos mayas que conmovió la penín-

sula desde 1847 hasta 1901 y transformó a los indígenas en peligrosos enemigos de los yucatecos “dzuloob” (blancos). A lo largo de los diez capítulos que componen el texto, el autor explica la conformación de la sociedad maya y su relación con la sociedad occidental que fundan los conquistadores españoles.

Los primeros cinco capítulos se ocupan de bosquejar la vida cotidiana de la sociedad maya a través de su estructura política, económica y cultural. Destacan dos excelentes capítulos sobre los recursos de la sobrevivencia colectiva y los mecanismos de explotación colonial. En ellos se aprecia el papel de la comunidad como núcleo de toda la organización social, productiva y cultural. La tierra, el agua y los montes de las comunidades mayas determinaron un patrón de asentamiento demográfico disperso, que aseguraban cierto grado de autonomía frente a la aculturación occidental. Basta considerar que, en un área tan especial como la religión, las características del medio provocaron que en muchas comunidades la instrucción religiosa fuera una responsabilidad que los eclesiásticos dejaron en manos de los propios mayas (p. 48).

Asimismo, cada comunidad maya respondía a las demandas de la sociedad hispana pagando tributos, obvenciones parroquiales y trabajo personal, tanto en forma de repartimiento como en los “encargos” —léase explotación— de las autoridades locales para que cortaran madera, hilaran algodón, recolectaran cera, o sirvieran directamente en casas y haciendas; llegando al grado de servir como medios de transporte en los llamados “koches”, que no eran otra cosa sino un palanquín cargado al hombro por cuatro indios mayas (p. 80). Los españoles aprovecharían la organización comunal para extraer estos beneficios, utilizando como intermediarios a los caciques indígenas. Esto permitió la existencia de una clase gobernante de gran influencia sobre sus subordinados, pues estos caciques siguieron identificándose con la comunidad tradicional.

De esta forma la primera mitad del texto es bastante clara y lleva al lector con gran seguridad sobre diversos temas como el gobierno indígena, el cristianismo maya, los problemas de la sobrevivencia colectiva, etcétera. En cambio, en el sexto capítulo la obra pierde continuidad pues se describe apresuradamente la rebelión de Jacinto Canek ocurrida en 1761, y en el séptimo capítulo explica el despojo de las tierras comunales que emprendió el Estado borbón y los gobiernos yucatecos del México independiente.

Ambos acontecimientos sirven de antecedentes al octavo capítulo sobre los orígenes de la rebelión maya de 1847. Pedro Bracamonte considera que fueron tres las principales causas del conflicto: en

primer lugar, la explotación y el dominio de los mayas en beneficio de la sociedad criolla fundada por la conquista y perpetuada en el siglo XIX. En segundo lugar, identifica como causas inmediatas la pérdida de las tierras que implicaba la destrucción de los recursos de sobrevivencia colectiva de las comunidades, y el debilitamiento del gobierno indígena como consecuencia de la presión combinada de los hacendados y el gobierno. Sin embargo, olvida una de las causas más importantes que explica el éxito de la rebelión. Por lo menos desde 1834 los criollos yucatecos formaron contingentes militares mayas que fueron de gran ayuda en las disputas por el poder que libraban entre si conservadores y liberales, y también en las guerras contra los campechanos y el gobierno centralista de la ciudad de México. Obviamente el acceso a la instrucción militar y a las armas de fuego dio a los mayas bases materiales para planear estrategias de lucha de gran eficacia, que sumadas a sus conocimientos de la selva les aseguraron la independencia durante medio siglo.

Durante toda la época colonial los mayas habían aprendido a huir hacia las regiones apartadas para encontrar tranquilidad y librarse de la explotación, pero la misma experiencia secular les demostraba que ningún lugar de la selva estaba demasiado lejos de los blancos, por eso la guerra y el exterminio de la raza opresora se les presentó como la única solución definitiva. El camino de la violencia y la crueldad ya les había sido señalado desde hacía mucho tiempo. Con toda claridad uno de los líderes mayas escribió en 1848 “si os estamos matando ahora, vosotros primero nos mostrasteis el camino” (p. 117).

Así, en el clímax del libro, causa cierta decepción la parca descripción de los episodios culminantes de la guerra. Todo el relato se reduce a una relación de poblaciones atacadas, tomadas y abandonadas, por uno y otro bando, pero jamás se proporciona una sola cifra sobre los muertos o heridos en los enfrentamientos. Sorprende que uno de los aspectos más impactantes para los contemporáneos —la violencia de una guerra llevada a cabo no sólo con armas de fuego sino también con hachas, piedras y machetes— quede en suspenso.

El autor sólo aclara que las noticias de las batallas fueron exageradas por los yucatecos para servir de propaganda a su causa y ganar así el apoyo nacional e internacional. De esa forma justificaban la represión y la esclavitud de los prisioneros mayas que fueron vendidos a las plantaciones azucareras cubanas.

Aunque Bracamonte haya pensado que guardando silencio so-

bre estos asuntos mantenía la imparcialidad, resulta muy claro que no basta con presentarlos como simples problemas de opinión pública. El historiador contemporáneo no tiene derecho a “enclausstrar” esa parte de la memoria de los indios, porque evidentemente no está en sus manos la facultad de cambiar la historia en los temas que considere desagradables. Jamas debemos olvidar el verdadero rostro de cualquier guerra fratricida.

La fundación de una nueva sociedad maya libre de la influencia de los blancos en el actual estado de Quintana Roo, y su consolidación a partir del culto religioso a la cruz parlante de Chan Santa Cruz, son explicados en un denso capítulo nueve que muestra los límites que marcaron a la postre el fin de la independencia maya. Los problemas de liderazgo indígena, sumados a la competencia religiosa de poblados como Tulum, fueron relajando los lazos de unión entre los rebeldes que, sin duda, a pesar de las epidemias y de las ocasionales incursiones yucatecas lograron una existencia más tranquila.

Pero si el apartarse de los yucatecos dio a los mayas cierta tranquilidad, la vida en libertad no pudo mantenerse con el aislamiento. Durante el medio siglo de Chan Santa Cruz (1850-1901) el gobierno de los blancos fue consolidándose no sólo en la península sino también en el centro del país. Los problemas diplomáticos entre mexicanos e ingleses por la delimitación fronteriza de Belice quedaron resueltos con un tratado de límites firmado en 1893 que obligaba a impedir el tráfico de armas y a colaborar en la pacificación de los indios rebeldes.

El proyecto de los mayas quedó así prácticamente terminado. En una rápida sucesión de acontecimientos, los rebeldes fueron vencidos por el ejército del general Ignacio Bravo que, siguiendo las órdenes de Porfirio Díaz, se dio a la tarea de recuperar el extenso territorio de los “cuzob” que poco después se entregaría a las compañías deslindadoras. La estrategia fue avanzar desde el norte construyendo un camino que atravesara la zona rebelde, al mismo tiempo que en el sur eran bloqueaban los contrabandos de armas en la boca del río Hondo, en la frontera con Belice. Los rebeldes que habían sido diezmados por la guerra, las epidemias y la desorganización, fueron cediendo posiciones y Chan Santa Cruz fue tomada el 3 de mayo de 1901.

En el último capítulo, *Memoria enclaustrada*, logra efectivamente hacer un recuento de las principales transformaciones que impactaron a la sociedad maya desde mediados del siglo XVIII hasta

principios del siglo XX. La voz de los dominados se escucha menos que la de los explotadores y se concluye con la otra cara de la moneda: la sumisión a que fueron sometidos los mayas que no se rebelaron y continuaron sirviendo en las haciendas del noroeste de la península. Este grupo fue conocido como “mestizo” y, como lo especifica Bracamonte, eran “personas de origen maya que con el tiempo aceptaron la influencia de la cultura de origen hispánica, aunque mantuvieran diversas características de la cultura nativa como el vestido, el uso de la lengua maya y la vivienda” (p. 152).

De esta forma quedan expuestos al final del libro las tres estrategias de sobrevivencia de los mayas yucatecos: huida, rebelión y adaptación. El acierto aparente de los pueblos mayas que se convirtieron en “mestizos” solo puede valorarse cabalmente cuando recordamos la descripción que el periodista John Reed nos dejó sobre la esclavitud maya en las haciendas henequeneras del porfiriato y que se mantendría hasta los tiempos del presidente Lázaro Cárdenas.